



La Santa Sede

JUAN PABLO II

AUDIENCIA GENERAL

Miércoles 16 de enero de 1991

El Espíritu Santo, garante de la Iglesia en la custodia de la Revelación divina

1. La apostolicidad de la Iglesia, en su significado más profundo, consiste en la permanencia de los pastores y de los fieles, en su conjunto, en la verdad recibida de Cristo mediante los Apóstoles y sus sucesores, con una inteligencia cada vez más adecuada de su contenido y de su valor para la vida. Es una verdad de origen divino, que se refiere a los misterios que superan las posibilidades de descubrimiento y de visión de la mente humana, ya que sólo en virtud de la Palabra de Dios, dirigida al hombre con las analogías conceptuales y expresivas de su lenguaje, puede percibirse, predicarse, creerse y obedecerse fielmente. Una autoridad de valor simplemente humano no bastaría para garantizar ni la autenticidad de transmisión de esa verdad, ni por consiguiente la dimensión profunda de la apostolicidad de la Iglesia. El Concilio Vaticano II nos asegura que el Espíritu Santo es el que garantiza esta autenticidad.

2. Según la constitución *Dei Verbum*, Jesucristo, «con el envío del Espíritu de la verdad, lleva a plenitud toda la revelación y la confirma con testimonio divino; a saber, que Dios está con nosotros para librarnos de las tinieblas del pecado y la muerte y para hacernos resucitar a una vida eterna» (*Dei Verbum*, 4). Este pasaje de la constitución conciliar sobre la divina revelación halla su justificación en las palabras que Cristo dirigió a los Apóstoles en el Cenáculo y que cita el evangelista Juan: «Mucho tengo todavía que deciros, pero ahora no podéis con ello. Cuando venga él, el Espíritu de la verdad, os guiará hasta la verdad completa; pues no hablará por su cuenta, sino que hablará lo que oiga» (*Jn* 16, 12-13). Así, pues, será el Espíritu Santo quien conceda la luz a los Apóstoles para que anuncien la «verdad entera» del Evangelio de Cristo, «enseñando a todas las gentes» (cf. *Mt* 28, 19): ellos, y obviamente sus sucesores en esta misión.

3. La constitución *Dei Verbum* prosigue diciendo que el mandato (de anunciar el Evangelio) «se cumplió fielmente, pues los Apóstoles *con su predicación*, sus ejemplos, sus instituciones, transmitieron de palabra lo que habían aprendido de las obras y palabras de Cristo y lo que el Espíritu Santo les enseñó; además, los mismos Apóstoles y otros de su generación pusieron *por escrito* el mensaje de la salvación inspirados por el Espíritu Santo» (*Dei Verbum*, 7). Como se ve, el texto conciliar se refiere a la *aseguración de la verdad revelada por parte del Espíritu Santo*, tanto en su transmisión oral (origen de la *Tradición*) como en la forma escrita que se hizo con la inspiración y la asistencia divina en los *libros* del Nuevo Testamento.

4. Leemos también que «el Espíritu Santo, por quien *la voz viva del Evangelio resuena en la Iglesia*, y por ella en el mundo entero, va introduciendo a los fieles en la verdad plena y hace que habite en ellos intensamente la palabra de Cristo (cf. *Col 3, 16*)» (*Dei Verbum*, 8). Por eso «*la Sagrada Escritura es la palabra de Dios*, en cuanto escrita por inspiración del Espíritu Santo. La sagrada Tradición recibe la palabra de Dios, encomendada por Cristo y *el Espíritu Santo* a los Apóstoles, y la transmite íntegra a los sucesores, para que ellos, *iluminados por el Espíritu de la verdad*, la conserven, la expongan y la difundan fielmente en su predicación» (*Dei Verbum*, 9).

También «el oficio de interpretar auténticamente la palabra de Dios... ha sido encomendado únicamente al *Magisterio vivo de la Iglesia*, el cual lo ejercita en nombre de Jesucristo. Pero el Magisterio... por mandato divino y *con la asistencia del Espíritu Santo*, lo escucha devotamente, lo custodia celosamente, lo explica fielmente; y de este único depósito de la fe saca todo lo que propone como revelado por Dios para ser creído» (*Dei Verbum*, 10).

Existe, pues, *un vínculo íntimo entre la Sagrada Escritura, la Tradición y el Magisterio de la Iglesia*. Gracias a este nexo íntimo, el Espíritu Santo garantiza la transmisión de la divina Revelación y consiguientemente la identidad de la fe en la Iglesia.

5. Sobre la Sagrada Escritura, en particular, el Concilio nos dice que «la santa madre Iglesia, fiel a la fe de los Apóstoles, reconoce que todos los libros del Antiguo y del Nuevo Testamento, con todas sus partes, son sagrados y canónicos, en cuanto que *escritos por inspiración del Espíritu Santo* (cf. *Jn 20, 31; 2 Tm 3, 16; 2 P 1, 19-21; 3, 15-16*), *tienen a Dios como autor*, y como tales han sido confiados a la Iglesia... Todo lo que afirman los hagiógrafos, o autores inspirados, lo afirma el Espíritu Santo» (*Dei Verbum*, 11). Por consiguiente la Sagrada Escritura «se ha de leer e interpretar con el mismo Espíritu con que fue escrita» (*Dei Verbum*, 12). «Pues lo que los Apóstoles predicaron por mandato de Jesucristo, después ellos mismos con otros de su generación lo escribieron *por inspiración del Espíritu Santo* y nos lo entregaron como fundamento de la fe: el Evangelio cuádruple, según Mateo, Marcos, Lucas y Juan» (*Dei Verbum*, 18).

«Después de la ascensión del Señor, los Apóstoles comunicaron a sus oyentes esos dichos y hechos con la mayor comprensión que les daban la resurrección gloriosa de Cristo y *la enseñanza del Espíritu de la verdad*» (*Dei Verbum*, 19).

6. *Este íntimo vínculo entre el Espíritu Santo, la revelación y la transmisión de la verdad divina es la base de la autoridad apostólica de la Iglesia y el tema decisivo de nuestra fe en la Palabra que la Iglesia nos transmite. Además, como dice también el Concilio, el Espíritu Santo interviene en el nacimiento interior de la fe en el alma del hombre. Efectivamente, «cuando Dios revela, el hombre tiene que “someterse con la fe” (cf. Rm 16, 26; comp. con Rm 1, 5; 2 Co 10, 5-6). Por la fe el hombre se entrega entera y libremente a Dios, le ofrece “el homenaje total de su entendimiento y voluntad”, asintiendo libremente a lo que Dios revela. Para dar esta respuesta de la fe es necesaria la gracia de Dios, que se adelanta y nos ayuda, junto con el auxilio del Espíritu Santo, que mueve el corazón, lo dirige a Dios, abre los ojos del espíritu y concede “a todos gusto en aceptar y creer la verdad”. Para que el hombre pueda comprender cada vez más profundamente la revelación, el Espíritu Santo perfecciona constantemente la fe con sus dones» (*Dei Verbum*, 5).*

7. Se trata aquí de la fe de la Iglesia en su conjunto y, en la Iglesia, de todo creyente. Se trata también de la «*inteligencia*» *correcta de la divina revelación*, que brota de la fe también por obra del Espíritu Santo, y del «*desarrollo*» de la fe mediante la «reflexión y el estudio de los creyentes». En efecto, hablando de la «Tradición de origen apostólico», el Concilio dice que «va creciendo en la Iglesia con la ayuda del Espíritu Santo; es decir, crece la comprensión de las palabras e instituciones transmitidas cuando los fieles las contemplan y estudian repasándolas en su corazón (como María: cf. Lc 2, 19. 51), cuando comprenden internamente los misterios que viven, cuando las proclaman los obispos, sucesores de los Apóstoles en el carisma de la verdad» (*Dei Verbum*, 8). Y de la Sagrada Escritura dice que «inspirada por Dios y escrita de una vez para siempre, nos transmite inmutablemente la palabra del mismo Dios; y en las palabras de los Apóstoles y Profetas hace resonar la voz del Espíritu Santo» (*Dei Verbum*, 21). Por eso «la Iglesia, esposa de la Palabra hecha carne, instruida por el Espíritu Santo, procura comprender cada vez más profundamente la Sagrada Escritura» (*Dei Verbum*, 23).

8. Por eso la Iglesia «venera la Escritura», se nutre de ella como un «pan de vida» y «ha considerado siempre como suprema norma de su fe la Escritura unida a la Tradición» (*Dei Verbum*, 21). Y, puesto que, «camina a través de los siglos hacia la plenitud de la verdad, hasta que se cumplan en ella plenamente las palabras de Dios» (*Dei Verbum*, 8), toda la vida de la Iglesia está animada por el Espíritu con el que invoca la venida gloriosa de Cristo. Como leemos en el Apocalipsis: «el Espíritu y la novia dicen: «¡Ven!» (Ap 22, 17).

Para esta plenitud de verdad *el Espíritu Santo conduce y garantiza la transmisión de la Revelación*, preparando a la Iglesia y, en la Iglesia, a todos y a cada uno de nosotros, a la venida definitiva del Señor.

Saludos

Con gran afecto saludo a todas las personas procedentes de los diversos países de América

Latina y de España, presentes en esta Audiencia y les pido continuar con sus plegarias al Señor para que el supremo don de la paz sea preservado y se fortalezcan los lazos de entendimiento y fraternidad entre los pueblos.

A Cristo, Príncipe de la Paz, confío estas intenciones, mientras de todo corazón imparto la bendición apostólica.